

SAGA TIERRAS RARAS

EL
TIEMPO
DE LOS
GIGANTES



FOLAGOR

m̄r

FOLAGOR

EL TIEMPO DE LOS GIGANTES

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Folagor, 2018

Edición y fijación del texto: Emma Lira

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Imagen de cubierta: © Joaquín B.F.

Fotografía de cubierta: Cortesía del autor

Primera edición: septiembre de 2018

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4461-6

Depósito legal: B. 17.592-2018

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain-Impreso en España

CAPÍTULO 1

El rumor comenzó a subir de tono. Poco a poco, como un viento que derivase en un vendaval, como una ola mansa que creciera hasta tornarse amenazadora, como una lluvia que pudiera convertirse en una tempestad. Crecía, crecía hasta llenar el espacio y taladrar sus oídos y encoger su corazón, porque un ruido que crece nunca es una buena señal. Un ruido que crece es un ruido que se acerca, es algo que se vuelve violento; es algo que se descontrola.

Sentía la consoladora presencia de Hax a su lado. Se atrevió a abrir los ojos y miró hacia sus pies.

No era Hax sino Grog, quien, semioculto entre sus piernas, le dirigía una mirada interrogante con sus grandes ojos pardos. Yoel sintió un pinchazo en el corazón al recordar que Hax no estaría nunca más con él. Al igual que Taros. Ni siquiera tenía un árbol donde verlos crecer de nuevo en otra forma: ni siquiera podía estar seguro de que hubieran vuelto a la Tierra, lo que le torturaba aún más. Taros había desaparecido en el cráter que

conducía a las minas de las tierras raras, en un inhóspito paraje del Este. El delicado cuerpecillo de Hax había vuelto con él —con ellos— al Oeste, pero la Cooperativa se lo había quedado para hacer sus estudios. No le habían permitido reclamarlo.

El ruido se convirtió en un estruendo, en estéreo. A su izquierda sonaba como un tamborileo profundo y sordo que hiciera temblar la tierra. A su derecha, un ruido metálico, repetitivo y demoledor. ¿Qué era eso? Volvió a mirar en busca de la que ahora era su mitad, pero Grog había desaparecido.

«¿Estoy solo?», se preguntó.

No estaba solo. Como en cámara lenta, volvió el rostro hacia la derecha. Todos sus sentidos parecían haberse aguzado. Oía la tierra mojada y el viento húmedo que soplaba desde el sur. Oía el aroma de eucalipto del bosque cercano, pero también oía otra cosa, oía a metal, y por debajo de todo había un olor dulzón y agrio a un tiempo. Un olor a sudor antiguo. El olor del miedo.

Un batallón enorme se había agrupado en formación de combate a su derecha. Sus meses de entrenamiento en la Academia le permitieron reconocer la posición de ataque. Los altos escudos, pie a tierra. Los arqueros, tras ellos, en pie. Los hombres de acero, enfundados en su ajustada vestimenta metalizada, atrás del todo, listos para cubrir a sus compañeros, o pasar a la acción en cuanto las dos primera líneas hubiesen sembrado el caos en las filas enemigas. Pequeñas unidades de ochenta componentes que se dividían en ocho familias de diez combatientes, una formación de infantería que funcionaba desde los tiempos de las centurias romanas, exceptuando las mitades, claro, que actuaban de forma independiente o consensuada según el grado de concentración de cada uno de sus humanos. Camufladas, parapetadas en el medio natural que, al fin y al cabo, era su medio original, las mitades también parecían impacientes por que llegara el comienzo de la batalla. Pero... ¿Una batalla? ¿Una batalla con una formación del Oeste que empleaba armas no tecnológicas? ¿Dónde estaban?

Giró el rostro, lentamente visualizando una amplia explanada desconocida que se abría como un inmenso claro en un bos-

que húmedo. Y lo supo antes de verlos. A su izquierda, enfundados en sus vestimentas de piel de animal que tanto repugnaban al Oeste, con sus cuerpos expuestos, sus escudos curvos de gruesa madera forrada con cuero y sus certeras y afiladas lanzas, las hordas del Este avanzaban, con paso firme, hacia su posición, sin desviar la mirada, como si pretendieran mirar a los ojos de sus enemigos. Iban todos a pie, algunos descalzos, menos la primera línea, una única hilera de guerreros embozados a bordo de sus caballos, del color del alquitrán. «Jinetes negros», recordó. Eran los cascos de sus caballos los que percutían sobre la Tierra, multiplicando su presencia, al igual que eran los escudos de la infantería del Oeste los que martilleaban su cabeza con aquel golpeteo metálico de sus muñequeras sobre el escudo. Este y Oeste enfrentados por fin, cara a cara. ¿Cuándo se había llegado a esa situación? No reconocía el paraje, pero por la ausencia de armas tecnológicas dedujo que se encontraban en algún rincón del Este, uno de esos oasis mágicos y arbolados cuyas posiciones guardaban tan celosamente sus habitantes.

Y entonces lo oyó. Rotundo. Contundente. Estremecedor. Su bramido sumió a los dos ejércitos en un silencio mortal. Un cuerno de combate. Una señal para dar comienzo a la contienda.

Miró en la dirección en que había sonado. Un hombre a caballo destacaba frente a las tropas del Este. Su montura era negra, pero el embozo que cubría su rostro era completamente blanco y apenas permitía ver sus ojos. Yoel sintió un escalofrío. Había algo cercano y familiar en aquella mirada dura y penetrante. ¿Le había visto antes? Él había conocido a un líder de los bárbaros, a un exiliado del Oeste, Akinezyán, un hombre recto y sabio. Pero Akinezyán ya no estaba. Su cuerpo se había precipitado en el interior de aquellas malditas minas el día de aquel aciago combate. Como el de Taros. ¿Quién le había sucedido?

Más que verlos, notó unos ojos clavados en él y apartó la mirada del líder de las Tribus para posarla en sus acompañantes. A su derecha, una joven envuelta en una vasta capa de piel, pugnaba por recoger bajo su capucha los mechones pelirrojos que el

viento desordenaba. Su corazón dio un vuelco. Era Dunya, más madura y tan hermosa como siempre. Dunya, caracterizada como las gentes del Este, vestida con pieles como ellos y ocupando un puesto de honor al lado de un Áyax más alto, más fuerte, más desarrollado. Un Áyax de ojos claros y gesto firme, que no se parecía en absoluto al niño que había conocido hacía una eternidad.

Oyó el cuerno de nuevo. La señal de prevenidos. El tercer toque sería el definitivo. Y él no sabía muy bien por qué se encontraba en medio de aquella locura. Literalmente. No estaba alineado con ningún ejército. Tenía que pararlo como fuera. Miró los ojos asustados de Dunya y observó a los exploradores que avanzaban para colocarse al frente de sus unidades. Conocía a algunos de ellos de los tiempos de la Academia, aunque sus rostros eran ahora una máscara. Todo aquello era una locura. ¿Ya se habían agotado todas las otras vías de resolución de conflictos? ¿De verdad iban a matarse unos a otros? ¿Cuerpo a cuerpo?

—¡Noooooo...!

El grito salió de su garganta, antes de que él lo articulara de manera consciente. En un gesto instintivo corrió hacia los exploradores, los mandos, en vanguardia de la facción del Oeste. Tenía la esperanza de que, al ser de los suyos, no dispararían a bocajarro contra él, pero su carrera era torpe, lenta; sus pies, sujetos por grilletes, impedían su avance. Cayó al suelo. Al alzar la mirada de nuevo, observó aterrorizado cómo el comandante del Contingente del Oeste alzaba la mano para dar la señal de disparar.

—¡Nooo...! ¡Nooo, por favor! ¡Parad esto!

El comandante llevaba el rostro cubierto por una fina malla metálica protectora, pero, en ella, al igual que en el embozo de su oponente, y bajo la visera, se percibía también una mirada dura, implacable. Unos ojos dorados, que, sin embargo, habían perdido toda la calidez. Unos ojos que permanecían fijos en él, mientras su mano aún se mantenía en alto. Yoel sintió un escalofrío. ¿Por qué le miraba así? Era una mirada afilada e inteligente; una mirada que denota compasión, como si su dueño sintiera lástima

de él, tirado en el suelo, entre dos ejércitos dispuestos a despedazarse. Una mirada que parecía despedirse de él.

«Mírale bien, Yoel». Su mente, trabajando a toda velocidad, pareció hablarle con la voz resuelta y templada con la que hablaba siempre Taros. «No bajes la mirada. Es tu última oportunidad.»

Yoel le miró de nuevo. Sostuvo su mirada. Le conocía. Claro que le conocía. Aquel hombre no podía dispararle, no a boca-jarro. Eran amigos. Fue su profesor. Se arriesgó por él. Se enfrentó a la cárcel por él.

Era Alais de Valdemar quien dirigía las tropas del Oeste.

—¡No lo hagas...! —gritó una vez más—. No lo hagas, Alais. No empieces esta locura. Por favor, escúchame primero... No cometas un error...

Pese a la cercanía, Alais no parecía oírle. Y si le oía, no parecía dispuesto a escucharle. «Quizá, ni siquiera me reconozca», pensó Yoel. De repente su rostro oculto, sus ojos dorados, su altiva figura parecía extrañamente lejana, como si los confines de sus sentidos comenzaran a expandirse. En un alarde de coordinación, la mano que mantenía en alto comenzó a descender, mientras sonaba por tercera vez el cuerno. La definitiva.

—¡Alaaaisssss...!

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Ya vale —la voz de Alais suena escalofriantemente cerca, y algo malhumorada—. No grites así o enfadarás a alguno de esos mierdas de ahí fuera.

Yoel parpadea. Han desaparecido la explanada, los ejércitos y las armas. Han desaparecido Dunya y los jinetes negros. Solo la mirada de Alais de Valdemar está frente a la suya. Y el cuerno. El sonido penetrante del maldito cuerno de batalla. Una semipenumbra le obliga a entrecerrar los ojos para tratar de captar los detalles.

—¿Alais?

—Que sí, que estoy aquí. No me he ido a ninguna parte...

El sonido estridente resuena en su cabeza.

—Diles que paren ese cuerno, por favor... —gimió.

—¿Cuerno? ¿Qué cuerno? Eso es la maldita alarma para que vayamos a comer de una vez por todas. Y tú verás, pero yo pienso salir. Pase lo que pase, espero que nos coja con fuerzas.

Observa el rostro cansado y ojeroso de Alais, las cadenas en sus muñecas, las ropas hechas jirones y los pies descalzos. Su melena castaña está despeinada y el sitio donde se encuentran huele a humedad y a orines... ¿dónde se encuentran? Se oye ruido, una algarabía de voces, pero provienen de algún lugar del exterior, porque ellos están en un interior. Cuatro paredes oscuras y deprimentes se estrechan en torno a ellos. Una celda.

—Estabas soñando, chico —le aclara Alais pasándole un cacharro de lata con agua—. Y yo estaba en tus sueños —bromea, con un guiño—, espero que al menos estuviéramos pasándolo bien...

Yoel arquea las cejas y deja escapar un suspiro cansado.

—Buf. Ni te lo imaginas...

Está confuso, aturdido. Le cuesta ordenar ideas. Se siente aliviado porque la guerra existiera solo en su mente, pero abrumado a su vez porque en sus sueños, aunque estuviera a punto de morir, al menos era libre.

—¿Me han dado algo? —pregunta, intuyendo el porqué de su confusión.

—Seguramente —admite Alais de Valdemar, sin darle mucha importancia—. Anoche te sacaron de aquí para interrogarte. Suelen hacerlo. Te trajeron de nuevo ya dormido.

—Siempre olvida... —musitó Yoel.

Alais se encogió de hombros.

—O cualquier otra cosa —admitió cansado—. ¡Qué más da! Estoy seguro de que experimentan con nosotros.

—Me ha pasado ya —recordó Yoel—. Las imágenes van y vienen, pero al final, los recuerdos vuelven. Están volviendo.

—Genial. Puedes considerarte afortunado. Hay gente a la que le frien el cerebro.

Yoel miró detenidamente el espacio en el que se encontraba, como si la observación pudiera aportarle alguna pista.

—¿Estamos en el Oeste?

—Sabes perfectamente dónde estamos, pero mientras lo recuerdas o no, te confirmaré que sí. Estamos en el Oeste —reconoció Alais.

—Por la Tierra... Cómo me duele la cabeza —Yoel intentó tocarse con la mano derecha. Solo entonces reparó, por el tirón, en que tenía las muñecas encadenadas entre sí.

—¿Y esto? —se sorprendió.

—Ya ves —advirtió Alais—. Una humillación innecesaria, una más. Dicen que es por nuestra seguridad, para que no tratemos de quitarnos la vida, pero es un método perfecto para acabar cada uno con la del otro, si estamos de acuerdo, claro.

Yoel no sabía si Alais hablaba en serio o estaba ironizando. No se encontraba en ese punto de desesperación. Al menos, no aún. Cerró los ojos tratando de ordenar las imágenes que se agolpaban en su cerebro. Tenía la impresión de salir de un mal sueño para entrar en otro peor.

—¿Llevamos mucho aquí?

—Depende... Yo algo más que tú...

—¿Y dónde...? ¿Por qué...?

Alais de Valdemar le contempló con cierta desgana. Sonrió, finalmente.

—Bueno, no es que tenga muchas más cosas que hacer, así que no me importa contestar otra vez a todas tus preguntas. Intentaré hacerlo por orden, aunque no eres muy preciso preguntando. Estamos en la torre de la condena en espera de juicio. La Cooperativa nos acusa de rebelión y sedición. Y a mí, además, de desobediencia a la Academia. En cuanto a ti, además de insubordinación, también te acusan de traición a la patria, negligencia criminal y homicidio...

Yoel escuchó atentamente. Tenía la impresión de saberlo ya. Quizá por eso no le impresionaba tanto escucharlo. Esbozó una sonrisa triste.

—No puede haberme dado tiempo a todo eso...

—Pues tendrás que explicárselo a ellos...

—¿Homicidio?

—Taros, Sánder, Katia... —enumeró Alais—. Tú mismo dijiste que habían muerto...

La muerte de Taros seguía clavada como una espina en su corazón. Le dolía físicamente la sensación de culpabilidad, de no haber sido capaz de salvarle...

—Que habían muerto sí, pero no que yo los hubiera matado... —corrigió—. ¿Se supone que es eso lo que tratan de sonsacarme en los interrogatorios?

—Imagino. La siempreolvida te deja en un nivel de subconsciencia. No puedes mentir, solo relatar la verdad, que luego, temporalmente olvidas. Por eso se usa también como ansiolítico.

Yoel siente cómo los recuerdos van aflorando. Los más lejanos, primero. La batalla de las minas. El triste regreso por los túneles de las ciudades subterráneas. Dunya, el pequeño Áyax y él, como tres únicos supervivientes. Y alguien más. Alguien que había quedado en el Este y cuya imagen se le escapaba.

—¿Y Dunya?

—Viva. En arresto domiciliario.

—¿Y... —iba a decir «Hax», pero se corrigió—, y Grog?

—A salvo. También en la torre. Nos separan de nuestras mitades para hacernos más vulnerables.

Yoel asintió. Empezaba a ser penosamente consciente de su situación.

—En cualquier caso, olvídate —Alais interrumpió el curso de sus pensamientos—. Como no sabes lo que dices en los interrogatorios, te harán firmar cualquier declaración, con lo cual serás todo lo culpable que ellos quieran que seas.

—¿Ellos? ¿Había sido Alais siempre tan crítico con la Cooperativa?

—¿Y a qué castigo nos enfrentamos?

—Bueno, por eso estamos aún aquí... No está muy claro. Tienen que decidirlo aún. Antes era el exilio al Este, pero después de la que habéis liado allí, no termina de parecerles buena idea seguir mandando gente descontenta a engrosar las líneas del enemigo...

—¿Y entonces?

—Hay sectores que piden que se reinstaure la pena de muerte...

Yoel abrió unos ojos desmesurados. Ese método bárbaro de castigo había sido abolido cientos de años atrás...

—No es posible...

—Claro que lo es. Necesitan castigarnos de manera ejemplar para desalentar a posibles imitadores. Un delito de sedición requiere de una condena ejemplar...

Yoel tragó saliva.

—No te preocupes —aconsejó Alais—. Te lo van a dar hecho. Es más fácil que la empleen conmigo que contigo —le guiñó un ojo—. Yo no tengo un padre reorganizando las fuerzas del Este...

¿Un padre? ¡Su padre! La figura que se le escapaba. El embozado de su sueño. Su padre, Arbineyán, el negrero que explotaba las minas de las tierras raras. Se había criado sin él, con la falsa creencia de que había muerto en el Este como un héroe, para terminar encontrándolo allí, viviendo como un pirata.

—¿Te has enterado...?

—Todo el mundo se ha enterado —advirtió Alais—. Vosotros mismos lo contasteis a vuestra llegada, hablando como dos ingenuos de las pobres gentes del Este y las tropelías que se cometían desde aquí... —movió la cabeza negativamente, pero en sus ojos había una sombra de orgullo—. Creí que te había enseñado a ser más listo...

Yoel sonrió a su vez.

—Me enseñaste todo lo que sé, Alais —admitió—. El mérito de mis aciertos es tuyo. Los errores solo son achacables a mí.

Alais revolvió su pelo enmarañado.

—Me alegro de que encontraras a tu padre, Yoel —confesó con sinceridad—. Yo le conocí. Era un gran tipo.

—¿Sabías que estaba vivo?

Alais asintió.

—Como todo el mundo en la Academia...

Yoel iba atando cabos. Las cosas cobraban sentido.

—¿Y por eso me ayudaste a embarcarme en el globo el día de la partida?

Alais le miró fijamente a los ojos.

—No hay ningún sistema justo, Yoel. Recuerda eso bien. Te lo venderán así, pero esa es la mentira que les interesa mantener. Todos los sistemas se ensucian y se corrompen. Todos. Y todos, en algún momento, necesitan un revulsivo que les haga caer.

Yoel le miró fijamente. ¿Consideraba que él era ese revulsivo?

—Algunos no somos lo suficientemente valientes —continuó—. Tenemos demasiadas ganas de seguir vivos, pero otros... Hay gente que nace predestinada a hacer grandes cosas. Tu padre está en el Este. Es un tipo fuerte. Y eso te hace fuerte a ti, aunque estés en esta mierda de prisión, créeme —su tono fue encendiéndose. ¿Estaba acusado de rebelión y allí estaba, hablándole abiertamente de rebelión?—. La Cooperativa le teme. Le teme porque él conoce todas sus mierdas y porque es más listo que todos ellos juntos. No sabían dónde estaba, y ahora, gracias a ti, lo saben —alzó su rostro cuando vio la preocupación en los ojos de Yoel—, pero no, no te culpes. Eso no es malo. Al revés. Eso los asusta, porque les muestra sus propios errores, su vulnerabilidad... Y mientras la Cooperativa le tenga miedo a él, tú, paradójicamente, estarás a salvo —sonrió—. Ahora mismo, Yoel, vales más vivo que muerto. Trata de mantenerte así.